

Daniel Dennett: con Darwin nos basta

Daniel Dennett: Darwin suffices

Félix Ovejero Lucas

Daniel Dennett es un filósofo especializado en ciencia cognitiva con interesantes contribuciones en la filosofía de la biología. El autor de este artículo repasa algunas de las aportaciones más importantes. Al igual que sucede con otros filósofos contemporáneos relevantes, la obra de Dennett supone un diálogo constante con los resultados de la ciencia desde la convicción de que la reflexión científica y la filosófica pueden beneficiarse mutuamente.

Daniel Dennett is a philosopher specializing in cognitive science who has made interesting contributions in the philosophy of biology. The author mentions some of the most important contributions to this field. As has happened with other relevant contemporary philosophers, Dennett's works are a recurrent dialog on the results of his field based on the conviction that scientific and philosophical reflections can mutually benefit each other.

Entre las muchas líneas de demarcación que dividen al gremio filosófico hay una que traza frontera entre quienes especulan sentados en un sillón y quienes creen que la investigación filosófica tiene que estar cerca de los resultados de la ciencia. Daniel Dennett está entre estos últimos. Está convencido que los filósofos deben estar atentos a los trabajos de los científicos. La ciencia plantea nuevos problemas, disuelve otros e ilumina sobre los de siempre. También está convencido de que el viaje, al menos en algunas disciplinas, es de ida y vuelta, de que la propia ciencia se puede beneficiar de los procedimientos clarificadores del análisis filosófico. Así ha sucedido en dos áreas a las que Dennett ha dedicado muchos de sus trabajos: la *teoría de la evolución* y las *ciencias cognitivas*. El mejor modo de exponer sus ideas es a partir de sus propias tesis acerca de cómo abordamos la explicación del mundo.

Para Dennett hay tres estrategias intelectuales básicas que «permiten ordenar los datos, explicar interrelaciones y realizar preguntas a la Naturaleza».¹ La primera es el enfoque físico, relacionado con frecuencia con explicaciones causales, que lleva a preguntarnos, por ejemplo, porqué el agua burbujea al hervir. Pero a él le interesan especialmente las otras dos estrategias. De una parte, el adaptacionismo (o enfoque de diseño), particularmente fecundo al enfrentarse a los procesos evolutivos, y que consiste en abordar cualquier estructura preguntándose por el problema adaptativo que resuelve y para el que parece estar diseñado. Es lo que acostumbran hacer los biólogos cuando se interrogan por la función que cumple cierto órgano. La segunda estrategia es el mentalismo (o enfoque intencional) y consiste en interpretar el comportamiento de un ente (persona, animal, artefacto, cualquier cosa) como si fuera un agente racional que «elige» sus «acciones» «teniendo en cuenta» sus «creencias» y sus «deseos».² Es lo que hacemos cuando indagamos por las razones que han llevado a alguien a realizar alguna acción. En principio, no existen límites al uso de esas estrategias interpretativas ni por tanto ámbitos de aplicación exclusiva; sencillamente sucede que en unos casos una resulta más eficaz que la otra para realizar predicciones. Es interesante realizar un análisis más detallado.

La fuerza de la selección natural

Para Dennett no existe idea más poderosa que la teoría de la evolución que, según él, equivale a la selección natural. Su alcance se extiende más acá y más allá de los ámbitos de la biología: desde los orígenes del universo hasta el cambio cultural y la moralidad. La selección natural la entiende como un proceso algorítmico del mismo tipo que puede ser un programa de un ordenador, esto es, como un conjunto de instrucciones que aplicadas de modo sistemático permiten resolver problemas, en particular permite la adaptación. Para que la selección natural actúe basta con que se dé un conjunto de patrones en condiciones de reproducirse, una variación ocasional sobre ese conjunto, un mecanismo de selección y la heredabilidad de las unidades seleccionadas. Lo asombroso es que ese mecanismo, ciego y pautado, sin nadie que programe o que suministre instrucciones, produce resultados que parecen obra de una inteligencia, organismos que se pueden contemplar como máquinas diseñadas óptimamente para resolver problemas adaptativos. Entre ellos, la inteligencia que, de esa manera, no es el resultado de inteligencia alguna. Hay reloj sin relojero.

Nuestra mirada frente a los productos de la selección natural es la de una suerte de ingeniería invertida. Un ingeniero empieza con un problema o con una tarea a resolver y diseña un mecanismo capaz de realizar la tarea. La mirada del biólogo opera al revés, enfrentado a la estructura se pregunta por el problema adaptativo para cuya solución fue seleccionada. Desde el resultado final, para esa perspectiva, no habría diferencia entre un producto de la inteligencia humana y lo que es resultado de la selección natural. Para Dennett, como sucede con cualquier otro algoritmo, la selección natural es «neutral» respecto al soporte en el cual se materializa. No sólo opera sobre un soporte biológico (genes). Por eso, la teoría se puede extender más allá de la evolución de las especies. En el caso de las sociedades humanas funciona el mismo mecanismo sólo que aquí opera sobre un sustrato distinto: no se seleccionan genes, sino sus unidades culturales equivalentes, los *memes* (ideas, modas, artefactos). En un caso y en otro lo importante es que se produzcan modificaciones, posibilidad de difusión y diferente eficacia reproductiva. El peligro de esa estrategia es conocido: la atribución arbitraria de calidad adaptiva, esas historias del tipo «*los flamencos son rosados para pasar desapercibidos al atardecer*». La existencia de esos hábitos explicativos, el reconocimiento de que muchas diferencias entre especies carecen de toda funcionalidad adaptativa y las reservas a conceder la exclusiva de la explicación de los procesos evolutivos a la selección natural está por detrás de la resistencia de muchos biólogos matemáticos (genetistas de poblaciones, fundamentalmente) ante las tesis de Dennett (y Dawkins y Maynard Smith). El debate, encendido y con frecuencia confuso, se extiende fuera de círculos académicos y está lejos de estar cerrado.³ En todo caso, lo cierto es que muchos psicólogos evolucionistas han buscado en la obra de Dennett el almacén analítico que dote a sus no siempre precisas conjeturas.

El cerebro como un ordenador

En otros escenarios, según Dennett, resulta más provechoso abordar las explicaciones desde la perspectiva intencional. Cuando estalla una tormenta y te veo correr hasta un soportal, tu acción me resulta inteligible porque te atribuyo, entre otras, las creencias de que «*está lloviendo*», de que «*el soportal guarece*» y el deseo de no mojarte. Al explicar las acciones humanas, y también en nuestro trato cotidiano, atribuimos intenciones, esto es, creencias y deseos. También lo hacemos, casi sin darnos cuenta, frente a las máquinas, como cuando decimos: «*el cajero automático no me quiere dar dinero*» o «*no reconoce mi tarjeta*». Según Dennett, no es equivocado ese proceder. Así, cabe interpretar y anticipar los movimientos de un ordenador que juega al ajedrez a partir de su «deseo» de ganar la partida y su conocimiento (su creencia) acerca de las reglas del juego y sobre la disposición de las fichas en el tablero o, más sencillamente, se puede explicar porqué un radiador con un termostato se pone en marcha desde su conocimiento de que la habitación está fría y su deseo de mantener cierta temperatura en la misma. Como en el caso de la selección natural, resulta irrelevante el sustrato material (o el color o la complejidad de la estructura). El comportamiento intencional no requiere un cerebro. Lo importante es la función, el resultado que causan. Del mismo modo que «*un corazón es algo que bombea sangre, no importa si es artificial, humano o de un cerdo (...), lo que convierte en algo en mente (o en creencia, o en dolor, o en temor) no es su composición, sino aquello que es capaz de hacer*».⁴

El cerebro para Dennett no es diferente en lo esencial de un ordenador, de un proceso computacional que, en principio, puede materializarse en un soporte cualquiera. Nuestras intuiciones en este asunto carecen de importancia. Y, en general, en todo aquello que tiene que ver con la conciencia. Después de todo, la idea de que «yo, desde dentro (de mí), trato directamente con significados no es más que una ilusión de usuario».⁵ Según Dennett buena parte de los trabajos sobre la mente y la consciencia son tributarios de intuiciones y descuidan los resultados de la investigación neurobiológica o bien no se toman en serio sus implicaciones. Las invocaciones a nuestras experiencias introspectivas sencillamente no sirven precisamente porque presumen lo que tienen que demostrar: empiezan por aceptar como bueno el punto de vista de la primera persona, el juicio introspectivo que yo pueda hacer acerca de mi experiencia de dolor, por ejemplo. Para Dennett, «los únicos datos que cuentan son los permitidos por el método científico».⁶ La intuición más importante, en el terreno de la conciencia, es la de que existe un lugar en el cerebro donde se reúnen todas las experiencias y «nosotros» somos espectadores de nuestra conciencia, una especie de sede central en donde los diversos materiales de la estimulación ya procesados se reúnen. Frente a este modelo (el *teatro cartesiano*), Dennett propone su modelo de las *versiones múltiples*: no hay nada parecido a una síntesis, a

una respuesta unificada espacial y temporalmente localizada en el cerebro, sino que el proceso se da en una sucesión de muchos momentos fragmentarios a través de procesos paralelos, que transcurren por múltiples vías, y que interpretan y elaboran los estímulos sensoriales recibidos (sombras, líneas, color, ángulo, etc.). Es más, como no hay un sitio en donde todo pasa a la consciencia unificada, no cabe establecer un trazo entre el fin de los procesos preconscientes y el principio de la apreciación consciente. De hecho, para Dennett, la conciencia es un asunto menor, subordinada conceptualmente a la intencionalidad, reconocible, en diversos grados de complejidad, en los diversos niveles del proceso evolutivo: «descendemos de robots y estamos compuestos de robots y la intencionalidad de la que disfrutamos se deriva de la intencionalidad más básica de esos miles de millones de sistemas intenciones más simples».⁷

En su argumentación, Dennett desarrolla diversas ideas a las que resulta difícil hacer justicia en este artículo. En todo caso, de lo que no cabe duda es que Dennett es un filósofo singular, incluso en la tradición analítica de la que procede. Busca dirigirse a todas las audiencias que, circunstancias editoriales y publicísticas aparte, le lleva a buscar presentaciones de sus puntos de vista, en las que no faltan los trucos retóricos ni las metáforas. Reconoce que es un filósofo un tanto «impuro» que no abusa de las definiciones ni de «los métodos tradicionales de nuestra disciplina».⁸ Sus tesis están lejos de ser compartidas por la comunidad filosófica, incluida la informada científicamente.⁹ Sin embargo, sus libros gozan de una notable aceptación entre un público más general. Paradojas de la vida, en esa circunstancia coincide con Stephen Jay Gould, uno de sus más encendidos rivales.

Notas

[1] *The International Stance*, Harvard, The MIT Press, 1989: 265.

² *Kinds of Minds*, Londres, Weindenfeld, Nicholson, 1996: 27.

³ El libro de Dennett no sólo fue objeto de duras críticas en revistas académicas como *Evolution o Biology and Philosophy*. Las páginas de *The New York Review of Books* (con intervenciones de Dennett, Pinker, Lewontin, Maynard Smith, Dawkins y Rose, Jay Gould entre otros) han sido escenario de los extremos publicitarios de esas batallas. En el mismo sentido, el libro de Dennett fue objeto de duras descalificaciones por parte de académicos menos mediáticos en las páginas de *Boston Review* (<http://bostonreview.mit.edu/evolution.html>). Para una detallada descripción de los diversos aspectos del debate, véase U. Segerstråle, *Defenders of the Truth*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

⁴ *Kinds of Minds*, op. cit. p. 68.

⁵ «Self-Portrait», en: *Brainchildren*, Harvard, The MIT Press, 1998: 357.

⁶ *Consciousness explained*, Boston, Little, 1991: 71.

⁷ *Kinds of Minds*, op. cit. p. 55.

⁸ «Self-Portrait», art. cit. p. 366. Para un repaso de las críticas: cf. B. Dahlbom, *Dennett and its Critics*, Oxford, B. Blackwell, 1993.

⁹ La mayor parte de sus trabajos se pueden encontrar en <http://ase.tufts.edu/cogstud/pubpage.htm>. Para una panorámica, véase D. Ross, A. Brook, D. Thompson (eds.), *Dennett's Philosophy: a comprehensive assessment*, Harvard, The MIT Press, 2000.

Félix Ovejero Lucas

Doctor en Ciencias Económicas y profesor de Filosofía de las Ciencias Sociales y de Ética y Metodología en la Universitat de Barcelona e investigador invitado en las Universidades de Chicago y Madison. Autor de varios libros de teoría y filosofía de las ciencias sociales y de diversos artículos publicados en revistas especializadas.

ovejero@riscd2.eco.ub.es